



Juan Villoro, *El testigo*

(Anagrama, Barcelona, 2004, pp. 470. ISBN 968-867-241-6)

por Anamaría González Luna

Ganadora del Premio Herralde de Novela, *El testigo* es sin duda una de las novelas mejor logradas del autor mexicano Juan Villoro. Su escritura forma ya parte de la literatura latinoamericana contemporánea, y su voz se distingue del coro de escritores mexicanos de su generación en cuanto el espacio privilegiado de su narrativa es México. Villoro entreteje con indudable equilibrio los sutiles hilos del pasado y del presente, de la vida cultural y mediática, de la política y de la historia de un país que sigue viviendo una clara dicotomía entre centro y periferia.

El texto se abre con tres citas significativas que anticipan el sentido de un largo viaje, un viaje de regreso de Europa a México, un viaje a “un pasado actual, en tensión”, que el protagonista, Julio Valdivieso realiza en el año 2000, precisamente cuando el PRI acaba de perder el poder y se vive un momento de transición en el que, entre dudas y anhelos, todo parece poder cambiar, incluso la mirada hacia la realidad y hacia la historia.

El primero de los treinta y tres capítulos divididos significativamente en tres partes, encierra ya el núcleo de la trama. El protagonista, mexicano, de provincia, profesor universitario en Francia, decide pasar en su país un año sabático, después de un largo exilio voluntario. Ha sido invitado a colaborar en el patronato de la Casa del Poeta (en honor de Ramón López Velarde), recibe al llegar la propuesta de un amigo para colaborar en un mega proyecto televisivo: la telenovela de la cristiada, que lo llevará a su ciudad natal, a reconstruir una historia familiar, la suya.

Si bien es el México de nuestros días el que encontramos en toda su dramaticidad en la novela *El testigo* de Juan Villoro, pasado y presente se entrelazan mientras literatura e historia se complementan. Un poeta, Ramón López Velarde, “el único poeta asimilado al mito”, y una guerra que “desapareció de la historia oficial”, la cristiada, constituyen parte determinante de la trama.



La existencia de un archivo familiar es el recurso narrativo que pone al protagonista en condiciones de tener que escribir un guión televisivo en el cual reconstruir la historia de su familia, la historia de la cristiada, manipulándola para adaptarla a una telenovela cuya producción está financiada por un grupo de narcotraficantes. Por otro lado, la profesión del protagonista –profesor de literatura latinoamericana- es un magnífico recurso para hablar de literatura, escribirla, leerla y vivirla, que permite la introducción de abundantes referencias metaliterarias.

Personaje histórico y narrativo a la vez, López Velarde vive en la novela como un protagonista fundamental. Su biografía se reconstruye en la ficción narrativa a través de una serie de diversos recursos que logran reflejar las polémicas aún actuales en torno a su vida, al aspecto no sólo literario sino también político y religioso del personaje; su literatura habita la narración, sus poemas son atinadamente introducidos en la escritura, como comentario, cita o expresión de sentimientos profundos, de recuerdos. Su vida y su obra son el pretexto para llevar a cabo proyectos en los cuales se encuentra involucrado Julio Valdivieso, en un claro paralelismo que lleva al académico de origen potosina a ocuparse del poeta nacional que también vivió y escribió en otro periodo de transición.

Así, un doble juego literario e histórico se desarrolla a lo largo de la novela, ficción y realidad se funden en una misma narración. El refinado juego literario de Villoro permite que, con discreción y naturalidad, convivan al interno de la novela los personajes construidos por el autor -desde el protagonista hasta el novelista Constantino Portella, que convierte el desorden nacional en best-sellers, con autores reales de la literatura mexicana, desde el poeta nacional López Velarde, hasta autores y críticos más recientes como Octavio Paz, o Guillermo Sheridan. Por otro lado, el juego histórico entre historia de la narración e historia oficial está hábilmente construido a través una autorizada bibliografía que en ocasiones el autor anota incluso como parte de la narración misma. El cuidadoso uso de un lenguaje genuinamente mexicano refuerza este doble juego y permite incluso caracterizar no sólo a los personajes sino también a la región y ambiente al que pertenecen. Se enriquece aún más con el elemento lingüístico y cultural italiano que aporta Paola, la esposa traductora, que ama y ve México a través del tamiz de la literatura que traduce.

Las voces de los numerosos personajes que transitan por la novela parecen pedir un testigo que cuente sus historias, la historia – Nieves que se define por su ausencia y se hace presente en el constante recuerdo que reconstruye su historia; el cura Monteverde, amigo del tío Dionisiano, que pretende la canonización de López Velarde; el empresario Gándara, que produce telebasura de autor; el Vikingo y Félix Rovirosa ex-compañeros universitarios, etc. –, esto puede explicar la condición de testigo del protagonista, sujeto que guarda un secreto, que vive en la frontera de lo exterior y lo interior, del presente y del pasado, mira y observa la realidad y casi sin voluntad ni intención se ve envuelto en las circunstancias.



Reconoce, desconoce y conoce el México de hoy, del gobierno del PAN, del poder de los medios de comunicación, del narcotráfico, de las muertas de Juárez, es testigo del mundo actual pero también de un pasado histórico incómodo: la cristiada. El Testigo es como esa "uña absuelta de la poda", pero también un perro velardiano que fisga en la oscuridad, un tercero incómodo pero necesario.

La fina construcción narrativa hace pasar por coincidencias una serie de elementos significativos, como el descubrimiento del protagonista – testigo – de que su padre había sido un especialista en la figura jurídica del testigo; el nombre del Niño de los Gallos, protagonista de un famoso corrido cristero que explica su propio nombre, o el juego numérico desarrollado alrededor del 'tres' que encontramos no sólo en la estructura sino en el contenido de la novela misma. Parecen hilos sueltos que se van tejiendo solo a través de una atenta lectura.

Una y muchas historias, una y muchas voces que son eco del elemento religioso, cultural, histórico de un México convulso, azotado por el crimen organizado, que aun tiene cuentas pendientes con la Revolución, que a través de un mundo mediático logra hacer del conflicto religioso de la cristiada una telenovela.

Villoro aborda un tema difícil, poco conocido en ámbito literario y recientemente estudiado desde el punto de vista histórico. Una guerra religiosa que logra enlazar hábilmente con la cuestión del fanatismo religioso en ámbito internacional, pero sobre todo con la religiosidad fanática de los narcotraficantes. Pareciera que el escenario histórico le permite al autor enfocar temas actuales con mayor claridad y desenvoltura. Momentos históricos dramáticos, que la 'historia oficial' ha relegado dando una versión reductiva, como si la historia no contada agarrara fuerza, son los que encontramos en la novela mexicana más reciente como una necesidad explícita de buscar la verdad, de dar sentido a los hechos ocurridos. Nos encontramos ante un claro ejemplo de escritura como reinterpretación de la realidad y de la historia.

Anamaría González Luna
Università degli Studi di Milano - Bicocca
anamaria.gonzalez@unimib.it